



LA TRUCHA.

—¡ Escolástica! . . .
 —¡ Señor Sourdat! . . .
 —Sobre todo, le recomiendo á vd. la trucha, con su vinito blanco, su peregil y su laurel.

—Pierda vd. cuidado.
 —Nada de vinagre y sólo unas gotas de limon. La mesa ha de estar puesta á las diez y media, y el almuerzo listo para las once en punto.

Después de hacer estas últimas instrucciones á su cocinera, Mr. Sourdat, juez de instrucción en el tribunal de Marville, se dirigía al Palacio de Justicia, situado detrás de la Prefectura.

Mr. Sourdat era un solteron de cuarenta y cinco años, egoísta, duro como la piedra, inflexible con sus inferiores y odiado de todos los dependientes del juzgado.

Sin embargo, aquel hombre de hierro tenía sus flacos: se hacía llamar Nemorino por sus amigos y se hallaba dominado por el pecado de la gula.

El cura de San Víctor, que era uno de los íntimos del juez, le dijo cierto día:

—Esos refinamientos culinarios rayan en el exceso y confinan en el pecado mortal.

Pero á los piadosos escrúpulos del cura contestaba Mr. Sourdat con una risa mefistofélica.

Uno de los mayores goces estribaba en provocar la tentación del venerable sacerdote, á quien aquella mañana esperaba á almorzar en compañía del escribano. El día anterior había recibido una soberbia trucha de dos libras, que debía de servirse fría, con la misma agua en que había cocido.

Este era para él un principio tan absoluto é indiscutible como un artículo del Código penal.

Y esto mismo se repetía el juez en su despacho, después de haberse puesto la toga y mientras examinaba un proceso reciente que comenzaba á instruir.

Tratábase de un hecho criminal, cuyos dramáticos episodios contrastaban con las preocupaciones gastronómicas de monsieur Sourdat.

La semana anterior había sido asesinado en el bosque un guarda rural, sin que hubiese podido descubrir al autor del delito.

Sospechóse en un principio de una briga-

da de carboneros que allí trabajaba; pero se averiguó que durante la noche todos los obreros habían estado ausentes y que los hornos habían quedado bajo la vigilancia de una chicuela, hija del capataz.

Sin embargo, Mr. Sourdat había dado órden de perseguir á uno de los carboneros, joven de veinticuatro años, que un mes ántes había tenido una disputa con el guarda asesinado.

Además, había citado á la hija del capataz para que compareciese ante él.

Pero la muchacha no había respondido á la citación, y el juez que esperaba aquella mañana noticias sobre este particular, supo á las diez por un gendarme que la joven no parecía por parte alguna. Mr. Sourdat miró el reloj y vió que eran las diez y cuarto. Lleno entonces de impaciencia y deseoso de dar un vistazo al comedor, se quitó la toga y se dirigió á su casa.

La mesa estaba puesta, y en su centro se ostentaba la hermosa trucha, rodeada de flores, de entremeses y de botellas de exquisito vino.

Mientras el juez se solazaba ante aquel espectáculo, oyó ruido de voces en la habitación contigua.

—Quiero ver al juez—decía una mujer,—quiero verle porque sé que me espera.

—Abrióse de pronto la puerta y entraron en el comedor una muchacha mal vestida y despeinada, aunque no desprovista de belleza natural, acompañada del escribano que estaba convidado á almorzar.

—¿Qué escándalo es ese?—preguntó el juez con voz de trueno.

—Ahí tiene vd. á la carbonera citada por el juzgado—contestó el escribano Mr. Touchert.—Llegó á la audiencia hace un instante, y me ha seguido hasta aquí empeñada en prestar su declaración.

—¿Y por qué no has venido ántes?—repuso el juez.

—Tenía mis razones para ello—respondió la muchacha, dirigiendo una mirada á la mesa.

Mr. Sourdat sacó el reloj, y exclamó:

—¡Las once menos cuarto! ¡Aún tenemos tiempo! Touchert, vaya usted en busca de papel, pluma y tintero.

A los pocos instantes, el escribano estaba sentado ante la mesa, esperando órdenes con la pluma en la mano.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el juez.

—María Sarael.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciseis años.

—¿Juras decir verdad?
 —Para decirlo he venido.
 —Cuéntame, pues, lo que sepas.
 —Nuestra gente había ido á llevar carbon á Stenay y yo me quedé á vigilar los hornos. A las dos de la madrugada pasó el Machin por mi casa y hablé con él un instante. Me dijo que no tenía un céntimo, que su mujer estaba enferma y que iba á ver si podía cazar una liebre.

Le perdí de vista; pero al amanecer oí un disparo de escopeta y noté que dos hombres corrían apresuradamente hacia mi casa. Los dos disputaban y Machin decía al guarda: "Devuélveme la liebre, porque me muero de hambre."

—"¡Vete al diablo!"—contestó el otro, dándole un empujón. Entonces se empeñó una lucha terrible y el guarda cayó muerto. Yo lo ví todo, oculto en mi casa.

El Machin echó á correr y á estas horas debe de estar en Bélgica.

—¿Y por qué no has declarado ántes?

—Porque no quería denunciar al Machin.

—¿Y por qué has cambiado de modo de pensar?

—Porque he sabido que acusaban á Justino.

—¿Y quién es Justino?

La muchacha se puso encarnada y contestó:

—Uno de nuestros compañeros de faena. He recorrido á pie tres leguas, porque es inocente y pondría por él las manos en el fuego.

—¿Qué te pasa?—preguntó el juez al ver la palidecer de repente.

—Se me va la cabeza—contestó María y me siento desfallecer.

El juez le sirvió un vaso de vino, y le dijo:

—Bebe, bebe en seguida.

Mr. Sourdat se había conmovido, quizás por primera vez en su vida.

—Eso es debilidad—murmuró el escribano.

—¿Tienes hambre?—preguntó el juez á la carbonera.

—Sí, señor. No he comido nada desde ayer por la mañana.

Mr. Sourdat, seducido por la abnegación de aquella criatura, cogió la fuente de la trucha y levantó un buen filete, que puso en un plato, diciendo en tono imperativo:

—¡Come, hija mía, come.

No hubo necesidad de repetirlo, y la pobre chica se puso á comer con indecible voracidad.

En pocos minutos vació el plato, y el juez, heróico hasta el fin, se lo llenó de nuevo dos ó tres veces.

El escribano no reconocía á Mr. Sourdat y decía para sus adentros.

—¡Qué lástima de trucha!

En aquel momento se abrió la puerta y se presentó el tercer convidado, el cura de San Víctor, con su sotana nueva y su sombrero bajo el brazo.

El bueno del sacerdote se quedó sorprendido ante el extraño espectáculo de aquella salvaje sentada á la mesa del juez.

—Ha llegado usted tarde—murmuró Mr. Sourdat.—¡Ya se ha acabado la trucha!

Al mismo tiempo refirió al sacerdote la historia de la carbonera.

El cura lanzó un suspiro y comprendiendo la grandeza del sacrificio, exclamó:

—Vale usted, Nemorino, más de lo que usted se figura, y todos sus pecados de gula serán perdonados en pago de esa trucha que no hemos comido.

ANDRES THEURIER.

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

DE TENNYSON.

D O R A .

I

En la granja de Alan, colono viejo, Guillermo el hijo y la sobrina DORA Viven con él. Los ve á menudo, y piensa: "El ha de ser marido y ella esposa." La voluntad comparte ella del tío En casos graves ó de escasa monta, Y á Guillermo se inclina; mas el jóven, Como con ella habita, piensa en otras. Llega día en que el padre llama al hijo Y "Tarde me casé, dice: no importa: Un nieto ver quisiera en mis rodillas Antes que cierre el ojo. En cierta boda Mi corazon he puesto: y, en resúmen, Si no lo has hecho ya, fijate en Dora Que te conviene asaz: mira que es ella, Magüer su poca edad, muy económica: Es hija de mi hermano, con quien tuve Duras palabras: él partió en mal hora Yendo á morir en extranjera playa, Y á su niña amparé, de él en memoria. Tómalas por mujer: lo he deseado Día y noche por años." Clara y corta Del hijo la respuesta fué: "No puedo, Ni casarme querré jamás con Dora." Enfurecióse Alan: las manos alza: "¿Que no querrás?" pregunta con voz sorda: "¿Y á decirlo te atreves? En mi tiempo La palabra paterna fué ley sola, Y tal hoy ha de ser: piénsalo y mira Que un mes aguardaré sin que respondas. Mas si no me complaces, por Dios vivo, Guillermo, que alistando irás la alforja, Y que nunca los claros de mis puertas Ha de volver á oscurecer tu sombra."

II

Ha contestado á locas el mancebo, Y se muerde los labios y se aparta; Y mientras más el caso considera Y á la doncella ve, ménos la ama. Duros sus modos son; más ella todo Sabe sobrellevar piadosa y blanda. Antes del mes auséntase Guillermo Del propio umbral, y por mezquina paga Dedicase á labrar ajeno campo; Y, mitad por amor, mitad por rabia, De otro agrícola al fruto, que es María, Enamora, y con ella, al fin, se casa. Cuando á lo léjos con repique alegre Solemnizan la boda las campanas, Hace llamar Alan á la sobrina

Y se expresa con ella así: "Muchacha, Te quiero, y bien; mas oye: si por suerte Con el que fué mi hijo una vez hablas, O con aquella á quien Guillermo esposa Apellidando está, cruzas palabra, Mi voluntad es ley; ya te lo advierto: Se te cierran las puertas de mi casa." Dora, sumisa, obedecer promete, Aunque una voz en sus adentros clama: "Esto no puede ser." De que su tío Cambie, se forja inútil esperanza. Y avanzando va el tiempo, y á Guillermo Nace un niño, y la pobreza amarga Se le viene á juntar. Todos los días Delante del hogar paterno pasa; Pero su padre, en vez de darle ayuda, Vuelve á su roto corazon la espalda. Dora, entretanto, ahorra y les envía Lo que logra acopiar, y con tal maña, Que la familia mísera la fuente Pueda ignorar de que el auxilio mana. Meses y años transcurren, y maligna Fiebre á Guillermo desdichado asalta Al acercarse el tiempo de la siega, Y entre afan y dolores rinde el alma.

III

Llega Dora á la casa de María Que, muda y no sin lágrimas, al niño Contempla, y contra Dora está labrando En su imaginacion amargos juicios. Y se le acerca Dora y esto dice: "He cumplido el mandato de mi tío, Y he pecado en cumplir, pues á Guillermo En su origen el mal por mí le vino. Mas, por aquel que ha muerto, por tí misma A quien él eligió, por este niño Huérfano suyo, vengo. Tú bien sabes Que la cosecha como nunca ha sido Copiosa: pues permítame que lleve De regreso, en mis brazos á tu hijo, Y le exponga á los ojos del abuelo En las gavillas del segado trigo Para que, alegre el corazon, mirando De la cosecha propia el fruto opimo, Su ánimo se dilate, y, en memoria De quien ya nos dejó, bendiga al niño." Tómale Dora y llévale del campo Al través y hasta no sembrado sitio, Y en el seto en que abundan amapolas Siéntase: aunque á lo léjos pasa el tío Y no la ve, los segadores callan Que allí Dora le aguarda con el chico. Bien hubiera querido ir á su encuentro Pero se acobardó. Y en su ejercicio Siguen los segadores, y el sol baja Y se enluta la tierra. Al tenue brillo De la mañana Dora al seto vuelve, Y al pequeñuelo con afan prolijo Teje guirnalda de silvestres flores Para que el viejo Alan le halle más lindo. Al venir á las éras el colono Vióla al cabo, y con ánimo propicio, Dejando la cuadrilla, se le acerca. "Dónde has estado ayer, Dora?" le dijo: "¿Quién es ese rapaz? ¿Qué estáis haciendo Aquí los dos?" En ademan sumiso, Los ojos en el suelo, ella responde: "Del difunto Guillermo este es el hijo." "¿Cómo, replica el otro, haces aquello Que tú sabes muy bien que te prohíbo?" "Haz de mí lo que quieras, Dora exclama; Pero acoge á este pobre huerfanito: Acógele y bendícele en memoria De quien tanto sufrió, de quien ya es ido." "Bien lo descubro, bien, añade el viejo: Trágica escena, alambicado arbitrio Que tú y la otra aparejasteis. . . . ¡Vaya! ¿Mi deber á enseñarme habéis venido? Es mi palabra ley. ¿La quebrantasteis? Pues bien, esto se hará: recojo al niño; Y tú, largo de aquí, jamás me veas." Y así diciendo, en brazos toma al chico, Que rompe en llanto y por soltarse pugna. La sarta de amapolas y de lirios Cae á los pies de Dora: ella las manos Junta en angustia hondísima: han partido Alan y el pequeñuelo, y del segundo Lejanos más y más oye los gritos. La faz inclina, en sus desdichas piensa,

Y solloza y abísmase. . . . Y el trigo Siguen segando allí los segadores, Y si la luz se fué, la sombra vino.

IV

Llama Dora á la puerta de María Que, al notar que el rapaz no está con ella, Si se conmueve un punto, á Dios alaba Que en su viudez le imparte ayuda y fuerzas. Y Dora: "Al niño recogió mi tío, Conturbada le dice; mas tú deja Que yo viva y trabaje en union tuya, Pues de su casa ciérrame las puertas." "Nunca ha de ser, respóndele María, Que tú, sin culpa, cargues con mis penas; Y, ahora que yo bien medito el caso, Es imposible que á su lado crezca El hijo de mi amor: á imágen suya El corazon le tornaría en piedra, Y á despreciar á su infelice madre Le enseñara. . . . ¡Jamás! A toda priesa Vamos las dos á recibir el niño: Le rogaré que á recibirte vuelva: Si no lo hiciere, viviremos juntas, Trabajaremos juntas por la prenda Que me dejó Guillermo, hasta que un día Hombre, á las dos ampare y favorezca." Hablan esto las dos, y con ternura En la pálida faz ámbas se besan. Del colono á la granja se encaminan: Sin llave y entornada está la puerta: El interior atisban: es de noche: Alan el chico en sus rodillas sienta, Con los brazos le enlaza, y acaricia Su breve faz, sus manecillas tiernas. El consentido nieto, que ha corrido De sol á sol, se estira ó despereza, O al ver al fuego del hogar brillando En el pecho de Alan la áurea cadena De su reloj, en charla incomprensible Rompe, asirla queriendo. Las dos entran, Y no bien á la madre ha visto el niño, Grita con el afan de irse con ella. Pónele en tierra el viejo, á quien María Dijo: "Señor y padre, si toleras Que tal nombre te dé: nunca he pedido Por mí, ni por Guillermo, ni por esta Prenda que me dejó; mas á pedirte Vengo que á recibir á Dora vuelvas, Que bien te quiere. Ha muerto mi marido En paz con todos, sí: jamás pudiera De su boda conmigo arrepentirse, Que yo esposa fuí sufrida y tierna: Aquesto á mis preguntas respondía, Y agregaba en hondísima tristeza Que haberte contrariado le pesaba, Y al fin clamó: "¿Dios le bendiga! Y pueda Siempre ignorar mi padre las espinas De que sembrada hallé mi árida senda! Y así clamando, á la pared el rostro Vuelve, y durmióse en paz. Desdicha fiera Cércame, y hoy, señor, recobro al niño, A quien tornarás duro: la paterna Sombra no en esta casa invocaría: Dora contigo vuelve, y así queda Todo conforme estuvo." Mientras habla De tal modo la madre, Dora, presa Del temor, á su espalda, oculta el rostro, Y el silencio en la estancia á poco reina.

V

Rómpele al fin el viejo sollozando, Y "He pecado, murmura: he sido reo De la muerte del hijo á quien amaba. ¡Dios me perdone, sí! Bésame ¡oh nieto!" Las mujeres y el niño á un tiempo mismo Cercan y abrazan todos al abuelo, Y una vez y otra bésanle. La antigua Ternura, á él centuplicada ha vuelto: Halla en las propias lágrimas la sola Medicina de atroz remordimiento: Y el ántes duro Alan la noche pasa Llorando sobre el hijo de Guillermo Y en Guillermo pensando. . . . Así, á los cuatro Desde entónces cobija un mismo techo: Y transcurren los años, y María Lígase ante el altar en lazo nuevo; Dora, de abnegacion y amor dechado, Al viejo mima, y sin casarse ha muerto, 1893.

(Continuad.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

XLVIII

EL PADRE DEL CLERO SECULAR.

NADA hay más acepto á los ojos de Dios como un maestro que se dedique á inculcar en los pequeñuelos las doctrinas santas del catolicismo; y si este maestro se dedica á formar verdaderos maestros, que mañana serán el lustre de su Iglesia, propagadores del bien, defensores de la religion y pilotes de la sociedad, ¿á qué altura de honra y gloria no merece ser elevado?

Tal es el santo varon de quien hoy tengo la grande honra de ocuparme; del Pbro. D. Manuel Castro y Castro, verdadero padre del clero secular queretano.

No he dicho mal, nombrándolo padre del clero, porque si bien es cierto que siempre ha tenido Querétaro sacerdotes; pero han sido aunque educados aquí, ordenados en la capital ó en otras Diócesis; pero el clero secular actual, aquí nació, aquí se educó y aquí se ordenó debido á los afanes y abnegaciones de su querido y amado padre el santo sacerdote citado.

El Seminario Tridentino, árbol que á la vez que da frutos de vida espiritual produce tambien semilla del bien que el buen padre de familias se encarga de esparcir por los campos que se le han encomendado, á fin de que germinen alimentados con la palabra de Dios, y produzcan más frutos de vida eterna, es hijo del Sr. Castro y á él debe su sér.

Pero tomemos de guía á uno de sus más esclarecidos y sábios hijos, quien nos enseñará uno á uno los pasos que dió en el camino del bien aquel ilustre y virtuoso varon, como testigo ocular de toda su vida en esta ciudad.

“Nació nuestro santo sacerdote en Chihuahua. Razones de familia hicieron que su padre se trasladase á la capital, pero á su paso por esta ciudad la Providencia, que ya tenía designado para otros fines á nuestro sacerdote, permitió que la señora su madre enfermase aquí, por lo cual el señor su padre se vió precisado á dejar aquí la familia y continuar solo su viaje á donde pocos días despues murió, quedando aquí nuestro sacerdote muy niño todavía al cuidado de su cristiana madre.”

“A la vez que aprovechaba en la instruccion primaria, nutría su alma en el espíritu de piedad al pie de los altares de María, sirviendo de acólito en la iglesia de la Congregacion de Guadalupe.”

“Allí fué el nido de esta paloma, alma verdaderamente escogida, como la paloma de los divinos cánticos.”

“El candor, la sencillez y la pureza de esta alma angelical, le fueron característicos. Y diré más aún, el Sr. Pbro. D. Manuel Castro y Castro así como nació preciosísimo niño, así vivió, así murió.”

“Su candor, hasta proverbial, si no fué mayor, fué el mismo en la Congregacion siendo acólito, que en el Seminario Conciliar y en las parroquias de Colon y San Sebastian, siendo en éstas cura, y en aquel su Rector.”

“Nuestro niño comenzaba su juventud sin desmentir su niñez cuando fué inscrito entre los alumnos de los Colegios de San Ignacio y San Javier, donde hizo los cursos de latinidad, filosofía y teología dogmática.”

“El espíritu de vocacion llevó á nuestro jóven teólogo á la enseñanza de la niñez, hasta que maduró el tiempo designado por la Providencia.”

“No sin obstáculos y sacrificios, comenzó á ordenarse en 1852 y fué consagrado presbítero por el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Garza, en 1854.”

“Al regresar de la capital se consagró al

culto de la Santísima Señora de Guadalupe como miembro de su Congregacion.”

“Comenzaba á ser el Santo Sacerdote el tesoro y el iman de las almas fieles: un día llegará á serles “sobre-luz” que las guíe, caudillo que las defienda, libertador que las salve.”

“El año de 53 fué nombrado catedrático de Dogma en los Colegios de San Ignacio y San Francisco Javier.”

“Fué aquella la época del más horroroso cataclismo. La razon se oscureció, la Filosofía sufrió vértigos y amenguándose la fé, la caridad se amenguó tambien. Vióse entónces preferirse á la razon, á la Filosofía, á la fé, la sensualidad, el sofisma, el escepticismo. Una revolucion más que insensata, sentó con furor á la anarquía sobre la autoridad. Al abrir los colegios sus puertas al ateísmo, consecuencia inevitable era cerrar las de sus aulas al Dogma. Las cátedras de Teología Dogmática y de Derecho Canónico debían suprimirse; y si la primera llegaba á ser objeto de execracion, el segundo lo era de burla.”

“Levántase en medio de nuestra sociedad el Campeon elegido por Dios para conservar su fé y sus costumbres, para salvarla.”

“El Sr. Castro y Castro abre presuroso en su casa la clase de Teología Escolástica á que concurren sus alumnos, siendo esta de todo punto gratuita, no obstante que el profesor, por un desprendimiento de esos que apénas contará un ejemplo cada siglo, vivió siempre en la miseria, consecuencia de su caridad habitual para los necesitados.”

“La persecucion, como era de esperarse, toma por blanco al noble sacerdote que corre al campo de batalla y se presenta á su frente.”

“Poco tiempo duró con la clase en su casa, pues la persecucion lo hizo retirarse á uno de los exconventos, buscando en la soledad del silencioso claustro, la libertad y la paz sacerdotal.”

“Era aquel hombre extraordinariamente laborioso, verdaderamente incansable; se sustentaba y vivía con las nobles faenas del espíritu.”

“El Seminario tuvo su origen como el de todo el Cristianismo, en la oscuridad de las catacumbas y en el centro de la persecucion más cruel.”

El Sr. Castro y Castro fué tenazmente perseguido por haber defendido con su ciencia desde la cátedra del Espíritu Santo, el soberano misterio de la Santísima Trinidad, de quien la prensa impía de esta ciudad blasfemaba.

Sin lugar determinado andaba fugitivo pernoctando en distintos lugares de los suburbios de la ciudad.

“Pero esto no impidió que sus discípulos siguiésemos recibiendo clase, recibéndola yo, que siempre le acompañaba, para despues venir á darla á mis compañeros.”

“Con ocasion de estos acontecimientos se determinó que fuésemos á México á recibir de nuestro propio Obispo, unos el orden sacro del Presbiterado y otros segun la edad el del Diaconado ó Subdiaconado.”

“El Sr. Castro, que había llegado á ser nuestro Padre, nos llevó á la capital y en la tarde misma que nos presentó con el Sr. Obispo fué nombrado Rector por su S. Ilma., quien lo autorizó para que allegase los elementos necesarios á la creacion del Seminario de la nueva Diócesis.”

“El nuevo plantel se inauguró en el Exconvento de San Antonio, cuando ya el Prelado residía en su sede. Su Señoría Ilma. presidió el acto, verdaderamente solemne, de la inauguracion del Seminario Conciliar, el cual quedó formal y canónicamente constituido el día 12 de Marzo de 1864.”

Queda ya probado cómo el virtuoso y santo varon que nos ocupa, fué el padre del venerable clero secular de esta ciudad.

Sigamos el relato de su vida, dejando para la siguiente leyenda los opimos frutos que ha alcanzado su abnegacion en el corto espa-

cio de cinco lustros que lleva de existencia el Seminario.

Amable por naturaleza, fué siempre querido de todos. Díganlo si no los vecinos de Colon en donde se hizo querer de sus feligreses en el tiempo que estuvo de cura en aquella Villa, no ménos que los de la parroquia de San Sebastian de esta ciudad en donde tambien estuvo algun tiempo.

Había escogido, preparado y enterrado la semilla; á Dios tocaba hacerla fructificar.

El Ilmo. Sr. D. Ramon Camacho (de feliz recordacion) juzgó conveniente ponerlo en los curatos citados, en razon de su salud y más que todo, á fin de que siguiera esparciéndose el olor de sus virtudes, tal vez donde más era necesario su ejemplo, supuesto que sus hijos podían ya conducir el bajel del Seminario con mano acertada á feliz puerto.

No olvidaba por esto el Sr. Castro visitar su querido Seminario, siendo estas visitas de sumo gozo para él.

El autor de estas líneas fué testigo del grande regocijo que experimentaban los alumnos cuando al plantel derramando amables sonrisas para todos, á manera de un abuelo para sus nietecitos.

Bastaba sólo su presencia, para que inconscientemente y como tocados por una chispa eléctrica todos los alumnos sin excepcion, se arrojasen [si se me permite la frase] en sus brazos, disputándose el paso por corresponder á sus sonrisas y caricias.

En vano el prefecto de estudios se empeñaba en conservar el orden; no era posible, no dependía de ellos, ni podían ver con indiferencia á su querido padre. El Sr. Castro, prodigando caricias decía, al prefecto de estudios, derramando lágrimas de gratitud y lleno de emocion: “Déjalos, déjalos. ¡Pobrecitos.!”

Así triunfalmente era llevado casi en peso hasta la sala rectoral, en donde correspondiendo á las sinceras muestras de sus hijos, suplicaba al Sr. Rector les concediera una tregua á sus estudios, lo cual era verificado en el acto, volviendo los estudiantes al patio y corredores á disfrutar de solaz y expansion; disfrutando muchas veces el Sr. Castro en companía del cuerpo de catedráticos sus hijos, de sus sencillos juegos.

No obstante sus continuas y penosas enfermedades, Dios premió sus trabajos, desvelos y persecuciones, prodigándole goces indecibles. Cuando uno de sus principales y más queridos hijos obtuvo por oposicion la canongía magistral, todo el colegio se reunió en la sala rectoral á felicitarlo; pues era su rector el agraciado,

Allí estaba ocupando el puesto de honor el Sr. Castro; y mi pluma muy léjos está de describir aquel acto; pero basta decir que aquel virtuoso niño y santo sacerdote, al tomar la palabra un estudiante de facultad mayor para dar los parabienes á nombre de su cátedra, tanto al nuevo canónigo como al Sr. Castro su digno maestro, no pudo ménos que romper como chiquillo en copioso llanto, y así continuó en todo aquel acto. A su ejemplo los catedráticos, el mismo agraciado y los alumnos, tambien derramaban lágrimas de gozo, y más de una vez, los felicitantes suspendieron por breves momentos su relato, embargados por las lágrimas y emocion.

Hago reminiscencia de este caso, para corroborar lo que ántes he dicho, esto es: que Dios concedió á este santo varon lo que no á muchos concede, de ver en vida el fruto de sus desvelos; pues generalmente unos son los que siembran y otros cosechan el fruto.

En la leyenda siguiente veremos hasta qué grado ha sido bendita de Dios su santa obra, y cuánto debe esta católica sociedad á este esclarecido sacerdote.

Su muerte, acaecida si mal no recuerdo en 1880, fué la del justo lleno del espíritu de Dios, y llorada de sus queridos hijos; quienes perpetuaron su memoria colocando en la sala rectoral del Seminario y en el lugar principal,

un cuadro al oleo representando á su involu-
dable padre de tamaño natural.

La sociedad queretana y muy especial-
mente el Seminario, deben conservar siempre
gratitud á tan amante padre, antorcha lumi-
nosa del catolicismo en esta ciudad y funda-
dor de la fuente del verdadero progreso.

G L O S A .

Hojas del árbol caídas
Juguete del viento son:
Las ilusiones perdidas
Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón.

[ESPRONECDA.]

I

Lleno de vida y encanto
Cual prenda de primavera
Tejió su sombrío manto
Un cedro allá en la pradera;
Mas, blanca su cabellera
Invierno muestra nublado:
¿Qué fué del manto bordado
Del cedro? Ay! esparcidas
Sus glorias son á su lado
"Hojas del árbol caídas."

II

Triste el cielo, en nube oscura
Se oculta al absorto mundo
Y un ¡ay! de dolor profundo
Traduce su desventura;
Se estremece el aura pura
Del rayo al crujiente son;
Y en mísera confusion
Del cedro un tiempo orgulloso
Las hojas con son medroso
"Juguete del viento son."

III

Así, cual hojas lozanas,
Vi yo en el alma nacer
Las ilusiones tempranas
Para despues perecer;
Y el desencanto al caer
Con la nieve de los años
Ví llorar pasados daños
Al ver de hieles henchidas
A la luz de desengaños
"Las ilusiones perdidas."

IV

Y es que cual árbol fecundo
Es el joven corazón
Al despertar en el mundo
Con la primera ilusion;
Mas despues que la razon
Trae fría el desencanto
Ve con tristísimo llanto
Sus esperanzas mentidas,
Pues las que fueron su encanto
"Ay! son hojas desprendidas."

V

Triste verdad! mas ligera
Juventud no la comprende,
Y de ilusion pasajera
En alas el vuelo tiende,
Y ya embriagada no atiende
Que el goce por que palpita
Cual débil flor se marchita,
Y el soplo del aquilon
El brillo á las hojas quita
"Del árbol del corazón."

Luis Javier Muñoz (S. J.)

VIDAS FRACASADAS.

I

□ E á cuatro en fila! . . . ; Armas al hom-
bro! . . . ; Marchen!—gritaba Juanito
á todos los demás muchachos de su
edad, armados de escobs, reglas y bas-
tones, allá por el año de 1850 en una escuela
de la calle de la Esperancilla.

—¡Bueno!—dijo irrespetuosamente uno
de la tropa—pero yo quiero ser capitán.

—Y ¿por qué?

—Pues con el mismo derecho que tienes
tú para ser general.

—Es que yo—obsevó Juanito—voy á
seguir la carrera militar y me corresponde man-
daros. Dentro de diez años yo seré oficial y
vosotros quintos. . . ; y os mandaré tambien.

—O no lo seremos, que habiendo dinero
no se sirve en el ejército.

—O lo seremos, si no hay otro remedio, y
nos sublevaremos contra tí.

—Y te fusilaremos.

—¡No! Mejor es fusilarle ahora.

—¡Abajo el general!

—¡Metámosle en el cuarto obscuro!

—¡O en la carbonera!

Y aquel indisciplinado ejército se dispo-
nía á poner por obra sus amenazas, poco tran-
quilizadoras para el improvisado príncipe de
la milicia, cuando la llegada del maestro cor-
tó la rebelion y restableció la tranquilidad
perdida.

—Juanito—dijo benévolamente el profe-
sor, despues de enterarse de lo ocurrido—os
acaba de dar una leccion, no precisamente en lo
de querer ser general, sino al mostrar desde sus
primeros años una vocacion fija. El tiene en-
tusiasmo por la carrera militar, y en estas
condiciones hace muy bien en seguirla. ¿A
que no habéis pensado vosotros en lo que
queréis ser?

—Yo sí—dijo uno más atrevido que sus
compañeros.

—¡Y yo! ¡Y yo!—repitió entónces más
animado el coro general.

—Vamos, estaba yo en un error y no me
pesa confesarlo. Tú, Jacinto, ¿qué piensas ser?

—Yo médico famoso, catedrático, opera-
dor y facultativo de real cámara.

—¡Echa! ¡Echa! No picas poco alto. En
fin, si acompañan á tus aspiraciones propósi-
tos de estudiar mucho, todo es posible, que
de ménos hizo Dios á otros. ¿Y tú, Diego?

—Yo seré conde, porque me casaré con
mi prima María, que va á heredar dicho tí-
tulo.

—Y . . . ¿nada más?

—Pues sócio del Casino y abonado al tea-
tro Real.

—Demontre de muchacho. ¿Y si tu prima
María no te quiere cuando seáis mayores?

—Pues buscaré á otra que me quiera y
que sea muy rica.

—Ya veo que tampoco te falta vocacion
á tí. No es muy elevada que digamos; pero,
al fin y al cabo, es vocacion. ¿Y tú, Manolo?

—Pues, como yo tengo fama de enreda-
dor, seré abogado.

—No veo qué relacion. . .

—Es que he oído decir á mi padre que el
mundo es patrimonio de los abogados enreda-
dores.

—¿Y tú, Cosme, qué carrera piensas se-
guir?

—Seré ingeniero ó arquitecto, levantaré
palacios y catedrales, puentes metálicos y ca-
minos de hierro; ganaré muchos millones en
muy poco tiempo y despues me daré la gran
vida.

—¿Y tú, holgazanote Bartolomé?

—Yo. . . seré concejal.

—Concejal. . . ; pero si no sabes leer ni
escribir!

—Tampoco lo sabe mi padre y ha sido
alcalde en nuestro pueblo.

—Ea, no sigo preguntando, porque veo
que todos os educáis para eminencias. Nada
de posiciones modestas, ni del trabajo humil-
de y salvador. . . todos generales, títulos, mi-
llonarios, celebridades. Mucho me compla-
cía que realizéis vuestros sueños ambiciosos,
aunque yo no lo he de ver. . . y si lo viera,
no lo creería. Yo, entretanto, seguiré aquí,
mientras Dios lo quiera, agarrado al Cañon,
al papel pautado, á la tiza y á la palmeta, des-
cortezando á las generaciones que os han de
seguir. De todas maneras, repito, que yo es-
taba equivocado y hacía mal suponiendo que
carecíais de vocacion. . . Oco que el mundo es
pequeño para vosotros, y casi, casi lo celebro,
pues de este modo, en vuestras biografías de
mañana figurará más de una vez el nombre de

vuestro maestro D. Roque y esta pobre escue-
la de la calle de la Esperancilla, símbolo has-
ta en su diminutivo de mi escasa ambicion. . .
Pero ¡miento en esto último! Yo tambien,
cuando contaba tan pocos años como vosotros,
me dejaba llevar por ambiciosos sueños, y me
hubiera parecido mezquino el rectorado de la
Universidad de Madrid. Despues, ya lo véis,
he tenido que contentarme con ser maestro de
primeras letras, y no me quejo. ¡Han muerto
en los hospitales ó viven de la limosna tantos
pobres compañeros míos! . . .

II

Cuarenta años en la vida del mundo cons-
tituyen una insignificancia; pero cuarenta años
en la vida del hombre, son período bien largo.
Y precisamente necesitamos perder de vista
duranté cuarenta años á los muchachuelos que
asistían en 1850 á la escuela primaria de la ca-
lle de la Esperancilla, y volver á encontrar á
varios de ellos, gracias á una circunstancia ver-
daderamente axtraordinaria. Esta no fué otra
que un anuncio inserto en la GACETA, y que
decía:

"Don Bartolomé Hernández y Marquina,
concejal que fué del Ayuntamiento de Madrid,
ha dejado, entre otras mandas testamentarias,
cinco mil pesetas á cada uno de los alumnos
que en Junio de 1850 asistían á la escuela de
la calle de la Esperancilla. La entrega se hará
el día tantos de tal mes, en la notaría de
Don. . ."

Y en el citado día fueron muchísimos los
individuos que acudieron á la casa del notario
para acreditar su derecho al legado, que no de-
bía venirles muy mal á juzgar por lo mal trajea-
dos de los aspirantes. Y mientras se abría la
puerta del despacho de aquel funcionario, los
concurrentes no dejaban en la antesala de mi-
rarse atentamente y como si trataran de reco-
nocerse, despues de los ocho lustros transeurri-
dos. El deslustrado y raído uniforme de alfé-
rez de uno de los que aguardaban fue el primer
elemento para mutuos reconocimientos.

—Mi general—dijo uno—supongo que
usted será Juan Rancés, nuestro antiguo con-
discípulo.

—Lo de Juan Rancés es positivo; pero
en lo de general no me reconozco.

—Entónces te apeo el tratamiento y pro-
clamo que no has hecho gran carrera.

—Pues algunos esfuerzos me ha costado
lo que tengo. Despedido del Colegio de Infan-
tería emprendí varias profesiones, pero poco á
propósito para todas ellas, acabé por sentar
plaza. Volví á mi vocacion; pero, ¿en qué
condiciones! Desde entónces he hecho la gue-
rra contra los carlistas y contra los insurrectos
en Cuba, he visitado diez veces los hospitales
de sangre, tengo otras tantas heridas en el
cuerpo, y por último, he logrado unas cuantas
medallas para el pecho y una estrella para la
manga.

—Pero, aún estás en buena edad.

—Y con un reuma que me mata. Decidi-
damente nuestro pobre maestro tenía razon al
decir que fijábamos muy alta la puntería. Pero,
tú ¿quién eres á todo esto?

—Yo soy Jacinto.

—¿El médico de cámara?

—El médico del Toboso, con dosecientas
pesetas anuales por el partido y unas iguales. .
que me igualan con los más pobres del pueblo.
He estudiado mucho, me he sacrificado en las
epidemias; pero la suerte no me ha favorecido
y puede asegurarse que las cinco mil pesetas
de nuestro difunto amigo Bartolomé, son la
primera cantidad importante que cobro en mi
vida. Pero, hablemos de los demás. ¿Y Die-
go? ¿Has vuelto á saber algo de Diego?

—¿El que se criaba para conde?

—Perdonadme si antes no me he cercado—
dijo un tercer individuo harapiento y enveje-
cido por las privaciones más que por los años.
—La miseria es muy cobarde y temí que
no me quisiérais saludar, viéndome como me
véis.

—Tú eres. . .

—Yo soy Diego.

—Y con ese traje.

—Como que vivo de la caridad. He sido inútil para todo en la vida; he perdido mi modesto patrimonio. Y aquí me tenéis, esgrimiendo el sable para comer.

—Pues ¿y aquello de la boda con tu prima?

—Una historia lastimosa y que será muy larga de referir: quisimos ella y yo precipitar demasiado los acontecimientos, y no fui conde.

—Bien; pero ella...

—Ella vende "La Correspondencia." No podríais reconocerla.

—Oíd, ¿y Manolo?

—¿El abogado enredador? Efectivamente fué ámbas cosas; pero algo grave debió ocurrirle, pues de defensor pasó á procesado y de procesado á ser un número en un penal.

—Y creía que el mundo entero iba á ser patrimonio suyo. ¡Infeliz! ¿de Cosme, sabéis?

—Terminó brillantemente la carrera de ingeniero de minas: pero murió muy joven en un siniestro minero.

—Es decir, que sólo Bartolomé hizo fortuna.

—El único. El no consiguió nunca leer correctamente; tuvo tan buen corazón como dura cabeza; fué emprendedor; llegó á ser concejal, como quería, y contratista unas veces y favorecido otras por la lotería, logró reunir una gran riqueza, para la que no ha dejado herederos directos.

—A propósito de él, y sin que esto sea ofender su memoria—dijo el militar—he de contaros una frase de nuestro pobre maestro, la última vez que le ví, hará unos veinte años y poco ántes de su fallecimiento. "Don Roque—le dije—¿sabe usted que he visto á Bartolomé en coche?"—"No me extraña: siempre dije yo que acabaría por tirar de uno."—"No; si él iba dentro."—"Mejor, mejor—añadió con la triste y benévola sonrisa que nunca le abandonaba—porque de ir tirando podría atropellar mucha gente."

En esto se abrió la puerta del despacho del notario y los tres amigos se separaron, prometiéndose precisar más, en nuevas entrevistas, lo que había sido de ellos durante los últimos cuarenta años.

M. OSSORIO BERNARD.

PENSAMIENTO DE RIVAROL.

Más de un necio pasa por tener talento, gracias á la fuerza de su fingimiento, porque procurando no decir verdad llega al disimulo de su necedad.

Cuando piensa es una gran majadería, que si la dijera lo deshonraría, pero como siempre dice lo contrario, resulta su ingenio archi-extraordinario.

Por eso en el mundo muchos que yo encuentro son por fuera sabios y tontos por dentro.

RENACIMIENTO.

I

ESPUES de tres años de matrimonio, transcurridos en completa ventura, una falta de su marido destrozó el corazón de madame de Valmeuse.

Tan segura hasta entonces de ser amada exclusivamente y convencida de un amor absoluto, vió destruido y derrumbado brutalmente cuanto de hermoso, noble y grande concibiera. Desesperada con aquella herida,

que consideraba mortal, sin escuchar los consejos ni las súplicas, y no obstante la convicción de que aquella falta no se repetiría, y de que se había cometido en circunstancias que la disculpaban, madame de Valmeuse ahondó el abismo, creando lo irreparable, y solicitó el divorcio.

La propiedad de Villemonte, que entonces habitaban, fué vendida. Los recuerdos queridos se dispersaron. Pisadas indiferentes habían cubierto las huellas de sus pasos, grabadas en la arena de las calles del jardín; voces extrañas, borrado el eco silábico de sus nombres.

Pasaron meses y un año. Madame de Valmeuse, alejada del mundo, al lado de su padre, ocultaba su dolor y su vergüenza.

A medida que trascurrían los días, una gran inmovilidad adormecía su sufrimiento, rodeándola de una atmósfera brumosa, con la melancolía de sucesos lejanos. El tiempo la había reducido á completa inacción, dominando su altivo carácter. Su pasada vida, casi olvidada, se revelaba ya bajo diferentes aspectos. Las circunstancias que no quiso apreciar como atenuantes de la falta cometida por su marido adquirían al presente un valor imprevisible.

Conservaba de aquella traición un horror ménos vivo, considerando más pequeña la falta, atribuyéndola, más que á voluntad de su marido, al resultado de la lucha entre el espíritu y la materia. Mil suposiciones forjaba su mente en prolongados ratos de delirio, y mientras que al recordar su pasada ventura, se ensanchaba su corazón, empezaba á entrever, aunque algo tarde, la exquisita dulzura del perdón.

Su sufrimiento cambiaba, mezclándose á los pesares sus remordimientos y hasta su amor mismo, siempre lacerado.

El padre de madame de Valmeuse murió. Sola ya, y sin hijos, permaneció agobiada bajo el peso de su malogrado destino.

Conservaba únicamente vivo el recuerdo del tiempo feliz, de aquellas horas venturosas que no había sabido conservar y que aún rechazaba.

El tiempo pasado ofrecía para ella espejismos de paraísos perdidos. Lloraba su ceguera, y era Villemonte la obsesión constante de su pensamiento.

II

Una tarde de Noviembre, movida por irresistible atracción, se dirigió madame de Valmeuse hacia Villemonte.

Entre la amarillenta decoración de los árboles que el otoño corroe, siguiendo la colina desde la cual se descubría el Sena, formando recodos de plateada superficie, llegó ante la quinta.

El parque presentaba sus avenidas desiertas.

Las ramas despojadas de sus hojas, movíanse como mariposas heridas, extendiendo ante aquella triste morada el tejido de sus pequeñas ramas. Allí había terminado su juventud. Sintió dolor y piedad á la vez. Iba despacio, con amortiguado paso, como se anda por entre las tumbas.

A la entrada se detuvo. La casa parecía cerrada, desalquilada quizás. Alargó la mano y tiró del llamador. Al sonido de la campana los recuerdos reavivados acudieron en tropel á su mente. Todo el pasado renació en su corazón, y sintiéndose desfallecer, tuvo que apoyarse en el muro.

Un criado se presentó.

—¿Sabe usted si los señores me autorizarían para visitar el parque?

El criado, á quien la visitante puso una moneda en las manos, quedó sorprendido. Miró hacia la casa silenciosa, cuyas ventanas permanecían cerradas; dió á entender, con un gesto, la indiferencia que su amo sentía por la vida exterior y con aire de protección discreta, dijo:

—Entre usted, señora, y se alejó.

Madame de Valmeuse penetró en las ca-

lles del parque. Sus recuerdos la acompañaban como pálidos fantasmas. Vió las sendas por las que tantas veces habían pasado asidos de la mano; el arroyo junto al cual se sentaban á la sombra en las horas del calor; más allá las enramadas de lilas y rosas, que ella removía para llevarle flores. Contempló el árbol que ostentaba aún, grabado en su corteza, su nombre: "¡Luciana!"

Aquel nombre parecía un llamamiento perdido que se produce cada vez con más fuerza, y desde el fondo de su corazón sintió afluir un grito, una respuesta:

—¡Jorge!

La presencia de Jorge se evocaba súbitamente, hasta completar la ilusión de que se hallaba presente ó de que iba á venir pronto á su lado. ¿Qué reciente consideraba esto, después de seis años, y sin embargo, qué lejos de la realidad! ¿Como de todo lo que ya no existe!

Ante aquel horizonte de su vida, un momento entrevisto, cruzó otra visión, acabando por oscurecer, con lágrimas, sus ojos errantes: la de sus hijos, que sin duda algún día hubieran alegrado aquel lugar con sus gritos más dulces que los de los pájaros.

¡Ay! ¿Dónde hallar todo esto? ¿qué sería de Jorge?

Quizás habría muerto, como muerta estaba también ella para el mundo.

Dió un suspiro y continuó su vacilante marcha.

Por todas partes notaba el cambio que el tiempo había hecho en algunos sitios que le parecieron profanaciones y sin embargo de hallar en algunas cosas disposiciones semejantes á las que ellos mismos habían ordenado, no supo si atribuirlo á la ternura de que su corazón se sentía poseído, ó al sentimiento de la ingratitud de las cosas, que habían permanecido inmutables y tranquilas, á pesar de la desventura que habían presenciado.

Insensiblemente un nuevo deseo se despertó en ella con vehemencia. Una secreta voluptuosidad se apoderó de su ánimo, por el exceso de dolor.

Su vida declinante se hallaba en el otoño, como todo lo que la rodeaba. Aquella triste decoración se armonizaba con las tristezas de su espíritu, tomando parte en su duelo. Soñaba vagamente en permanecer allí para siempre y sepultar como en un sudario su vida estéril.

Aquel sueño tomó cuerpo.

¿Por qué no comprar aquella casa? Toda su vida estaba allí. Fuera de allí, todo le era indiferente. ¿Qué interés podría tener el actual propietario en no venderla? Ofrecería un elevado precio, para evitar aun la posibilidad de que su proposición fuese rehusada.

Se dirigió á la puerta. Allí estaba el criado.

—¿Los amos de esta finca se mostrarían propicios á venderla?

—Lo ignoro, señora.

Después añadió:

—Mi amo está dentro; si quiere usted hablarle...

—Presénteme á él, dijo madame de Valmeuse.

III

La casa, fría, silenciosa, como muerta, causaba la impresión de una clausura.

El corazón de madame de Valmeuse latía con fuerza á medida que ésta se internaba por las habitaciones. A pesar de la escasa luz que penetraba por las ventanas, el salón en que entró le pareció igual al de entonces. Agitada por multitud de sentimientos angustiosos, estuvo á punto de desmayarse.

Cuando se abrió la puerta, la súbita y dolorosa vibración de todos sus nervios, la hizo estremecer.

Un hombre apareció.

—¿Es usted el propietario de esta quinta?

—Sí, señora.

Ambos interlocutores trataron de reconocerse en la sombra. Hicieron el uno hacia el

otro un movimiento brusco, que puso en evidencia sus facciones. Un doble grito escapó de sus pechos:

—¡Jorge!

—¡Luciana!

Por instinto, los brazos del hombre se abrieron, y ella, con la mano en el corazón, dió un paso atrás, permaneciendo inmóvil. Por un instante permanecieron mudos, respirando anhelosamente y con los ojos exaltados. La elocuencia de los hechos decía más que las palabras.

—¡Tú! exclamó al fin Luciana. ¿Tú aquí?

—¡Te esperaba! dijo Jorge.

Se callaron de nuevo. Agotadas sus fuerzas, Luciana se dejó caer en una silla, cubriéndose el rostro con las manos, llorando lágrimas de infinita dulzura.

Jorge se aproximó, arrodillándose religiosamente ante ella. Un bienestar fascinador les mantenía inmóviles, como sintiendo que pudiera desvanecerse al menor intento de posesión; pero sus corazones poco a poco penetraron de la realidad de los hechos y el infortunio ya no existía para ellos.

Sentían que siempre se habían amado; que habían esperado el uno al otro, buscándose, y que ahora al fin se hallaban y no se separarían jamás.

Luciana, con lentitud, descubrió su cara, en la que se observaban las huellas del dolor. La luz de las ventanas iluminó la arrugada frente de Jorge, que de pie, contemplaba á su esposa. Vió ella su cabello encanecido y se conmovió.

Toda la ternura con que le amó en los felices días, reavivada por las lágrimas, asomó á su rostro, y con ademán sencillo tendió los brazos á su marido, diciéndole con radiante sonrisa:

—¡Me esperabas? ¡Aquí estoy!

JUAN REIBRACH.

ROSE-DES-ROSES.

(CUENTO JAPONES.)

EL mismo día que "Rose-des-Roses" cumplió los quince años, una golondrina negra que pasaba por delante de su ventana, detuvo su vuelo, y posándose dulcemente en el alféizar, la dijo:

—Cuando te he visto, "Rose-des-Roses," he creído que mi imagen se reflejaba en un espejo.

A la hora en que el río se desliza más lentamente para esperar la llegada de la luna, la reina de las nubes gira en derredor de "Rose-des-Roses," que medita apoyada en el balcón.

De repente la invade una profunda tristeza.

—¡Qué ocurría—piensa "Rose-des-Roses," debajo de su balcón.

Los que le vislumbraban en los caminos resplandeciente de oro y acero, decían por lo bajo: es sólo por condescendencia de los dioses por lo que este héroe está entre nosotros sobre la tierra. Al ménos que no haya venido á buscar alguna compañera para llevársela á las "Montañas Azules."

Bajo las miradas del "Dragon alado," el orgullo de "Rose-des-Roses," se engrandecía como ante los resplandores del Sol se destacan las palabras de la Luna.

"Rose-des-Roses" abandonó el balcón y bajó á abrirle, y durante dos días y dos noches la puerta permaneció cerrada, guardando sus amores.

Una mañana que los jóvenes paseaban enlazados á lo largo del río, una sonrisa estalló detrás de ellos. Volvieron la cabeza y vieron una hermosísima jóven que se balanceaba entre las flores de la ribera.

—Rose-des-Roses ¿qué has hecho de tu cuerpo?—dijo la aparecida, á quien llamaban la "Perla Azul."

"Rose-des-Roses" juró al "Dragon alado" que aquellas palabras no la habían herido;

pero gruesas lágrimas surcaron sus pálidas mejillas.

—El amor te ha engañado—continuó;—te parecen á los patos silvestres que nadan en los pantanos.

La "Perla Azul," después de dichas estas palabras, extendió los brazos y volvió al cielo.

El "Dragon," al verla desaparecer, grita lleno de coraje:—"Perla Azul," yo vengaré la ofensa que acabas de inferir á mi amada.

Al día siguiente batióse con el "Corazon Invencible," guerrero á quien la tarde anterior acogió entre sus brazos la "Perla Azul."

Pero al lanzarse contra él para matarle, se le escurrió el pie y él mismo clayó su pecho en el arma que esgrimía el robar de sus amores.

La faz del "Dragon alado" cubrióse con el velo de la muerte. "Rose-des-Roses," arrodillada al pie del lecho mortuorio de su amante, le dijo al oído:

—Yo viviré para dar al mundo el hijo que llevo en mis entrañas, y le criaré hasta el día que pueda acordarse de nuestra tumba. Después me envenenaré y volveré á tu lado por toda la eternidad.

En las "Montañas Azules" y en un castillo protegido de todos lados por cascadas y precipicios, dió á luz una hermosísima niña.

Llamóla "Lágrima Transparente" en recuerdo de su amargo dolor. La niña se parecía tanto á su madre, que muy bien podía decirse que "Rose-des-Roses" venía al mundo por segunda vez.

Cuando "Lágrima Transparente" se asomaba á la ventana, las golondrinas se aproximaban y revoloteaban á su lado.

"Rose-des-Roses" dijo:

—La voluntad de mi amante ha sido que nuestro hijo se parezca al objeto de su amor como una lágrima á otra lágrima. Yo quisiera que mi hija me olvidase; la modestia habitará su corazón y no se enorgullecerá jamás de esa belleza que detiene en su vuelo á las golondrinas que obliga á la luna á esconderse vencida detrás de las nubes, pero que acongoja al corazón amante y le postra á los pies del lecho mortuorio donde yace el sér adorado.

Desde entonces mandó destruir todos los espejos en que "Lágrima Transparente" pudiera descubrir el secreto de su hermosura.

Ella misma rompe el escudo de oro pulimentado que el "Dragon alado" llevaba á los torneos.

Hizo cubrir por puentes de porcelana los arroyuelos cristalinos que se deslizaban alegres entre los macizos de crisantemas que circundaban el castillo.

Rodeóse de criados hermosísimos para que su hija se habituase á la hermosura, como si fuese un don vulgar, y les mandó caminar con los ojos bajos para que "Lágrima Transparente" no pudiese ver reflejada su belleza en sus pupilas.

Mediante estos cuidados la hija del "Dragon alado" llegó á los quince años sin haber contemplado jamás su semblante.

"Rose-des-Roses" veía próxima su muerte, y en lo profundo de su corazón pensaba:

—Mi hija es tal como la soñé cuando juré la muerte de mi recuerdo. Puedo confiarla á cualquier jóven poderoso, que la adorará, sin borrar de su memoria el recuerdo de sus padres.

Cuando le haya otorgado todo su amor durante la noche y todas sus sonrisas durante el día, se acordará de que se llama "Lágrima Transparente," y las inmensas riquezas que como dote le otorgaba.

Escuchó melancólicamente la historia del "Dragon alado," del "Corazon invencible," y prometió solamente habitar con su mujer el castillo de las "Montañas Azules;" no hacerla trasponer jamás el horizonte de flores que le rodeaba; dejar los puentes de porcelana sobre los arroyos cristalinos, y por último, que tendría siempre los ojos bajos delante de "Lágrima Transparente."

Cuando "Rose-des-Roses" escuchó estos juramentos inviolables, subió á su cuarto y llamó á su hija.

—Hija mía—la dijo—ha llegado el momento de que te conceda un esposo y después vuelvo en busca del mío.

Hace quince años que tu padre me espera en su tumba solitaria.

Mañana, cuando vengas á besarme al nacer el día, mi alma habrá partido al "País de los Genios," donde me espera el guerrero venturoso.

Tú amortajarás mi cuerpo y le sepultarás en el jardín, en el mismo sitio en que el "Dragon alado" reposa.

Al escuchar estas palabras, "Lágrima Transparente" se arroja sobre el cuello de su madre, y exclama:

—¡Madre! ¡Madre! No me abandones. Yo quiero que me concedas el esposo que has elegido, pero quiero también que te quedes con nosotros.

"Rose-des-Roses" alegróse al ver que tan vivo estaba su cariño en el corazón de su hija.

—No te abandonaré completamente, le dijo. Apareceré ante tus ojos alegre si eres dichosa, triste si eres desventurada.

—Júrame que no me engañas—contestó la niña.—Dime cuándo te veré.

"Rose-des-Roses" continuó:

—Hija mía; los genios quieren que te separes de mí, para entregarte á un nuevo amor. Cuantas veces veas en el corazón de tu marido agitarse su alma dichosa, tu madre se aparecerá.

Retírate, pues, á tus habitaciones, y prepárate para la ceremonia de mañana. Se aproxima la hora de mi eterno reposo.

Cuando "Lágrima Transparente" vió que las lágrimas tendían sobre la faz de su madre un velo tristísimo: cuando comprendió que su cuerpo se aproximaba al fúnebre lecho, lanzó terrible grito y cayó desmayada en brazos de sus servidores.

"Rose-des-Roses" dormía para siempre al lado del "Dragon" en la paz de los jardines, al pie de las "Montañas Azules," cuando la pobre niña volvió sus ojos á la luz del día.

Los criados la habían abandonado.

Encontróse sola con su jóven esposo que la estrechaba dulcemente entre los brazos.

—Amigo mío, ¿á dónde habéis llevado á mi madre? Me ha prometido volver si os amo con todo mi corazón.

La niña enlazaba con sus brazos el cuerpo de su compañero, y de repente lanza un grito, un grito de pájaro en primavera, y exclama:

—¡Madre! . . . ¡Madre! . . .

Quedóse absorta, dilatadas las pupilas, los labios entreabiertos, como los que contemplan una aparición, porque en las pupilas de su esposo había visto por primera vez un semblante tan parecido al de su madre, creyendo que era ella misma.

Era el fantasma que lloraba cuando ella lloraba, que reía cuando ella reía. Era ella misma.

HUGUES L. ROUX.

LUZ DE AMOR.

¡Qué ciego es el mundo, madre!

¡Qué ciegos los hombres son!

Piensan, madre, que no existe más luz que la luz del sol.

Cuando cruzo los paseos;

cuando por las calles voy,

y oigo decir á mi lado:

—¡Pobre ciega!—Digo yo:

—¡Pobres ciegos, que no ven

más luz que la luz del sol!

Ellos ven lo que no veo;

yo veo lo que ellos no;

ven la guerra, mas no pueden

ver la paz del corazón.

Ven el lujo, y de riquezas

dementes corren en pos,

y rozándose conmigo,

exclaman á media voz:

—¡Pobre ciega, que no ve

de la vida el esplendor!

¡Pobre ciega!—Y á mi turno

pasando murmuro yo :
—¡ Pobres ciegos, que no ven
más luz que la luz del sol !

UN TRANCE HORRIBLE.

ESPERABA yo á mi amigo Revol en la estacion de Lyon.

Acababa de llegar el tren, y de pronto no ví á la persona á quien aguardaba. De un coche que ante mí estaba salieron un caballero y una señora extraordinariamente gruesos, dos niños y una nodriza con un chicuelo en brazos.

Una vez desocupado el carruaje, divisé á Revol, el cual bajó presuroso y me estrechó la mano con efusion.

—¡ Pobre amigo mío!—le dije.—¡ Vaya un viaje!

—No, no me quejo de la compañía—me contestó—y, por el contrario, bendigo á esas buenas gentes. ¡ Si supieras con qué gusto las he visto subir al coche donde yo me hallaba! Su presencia me ha indemnizado de los tormentos que poco ántes me había hecho sufrir un loco que me ha estado apuntando con su revólver por espacio de media hora.

—¡ Un loco!—exclamé.

—Sí, un loco de atar. Ya te contaré mi aventura en el coche.

Hicimos cargar la maleta en un carruaje y cuando estuvimos en marcha, díjome Revol:

—Tomé el tren en Laroche y me instalé en un coche de primera clase. No había allí más que un individuo, que miraba por la portezuela.

Partió el tren y mi compañero de viaje volvió la cara. Su mirada y su sonrisa me causaron una impresion desagradable, sin que pudiera yo explicarme el por qué.

—¿ Le incomoda á usted el olor?—me preguntó.

Era que me pedía permiso para fumar; pero no tenía ningun cigarro en lo mano.

—Apesta un poco—me replicó—pero se acostumbra uno fácilmente. ¿ Es usted médico?

—No, señor.

—Pues yo sí lo soy. Me he dedicado á hacer un estudio detenido de los animales que vuelan, únicos que me interesan en el mundo.

Dirigí la mirada á la portezuela y ví que el tren marchaba á gran velocidad. ¡ Consulté la guía y me enteré que no habría parada alguna durante una hora. Busqué la campanilla de alarma, que estaba precisamente sobre la cabeza del loco. Sus ojos, que no me abandonaban ni un solo instante, siguieron la direccion de mi mirada.

—¿ Es usted médico?—me volvió á preguntar mi compañero de viaje.

—No, señor; ya le he dicho á usted que no soy médico.

—¿ Pues por qué busca usted la campanilla?

El loco sacó entónces un revólver de uno de los bolsillos de su gaban.

—¿ Es usted médico?—repitió.

—No—respondí yo con desesperacion—vacilando entre arrojarme sobre él y arrebatarle el arma á riesgo de mi vida ó procurar ablandarle por medio de todo género de contemplaciones.

El infeliz me dijo en tono melancólico:

—En ese caso, está usted loco y le tengo á usted lástima.

Y luego añadió:

—Detesto á los locos, lo cual no es obstáculo para que me consagre á su curacion. Curo nada ménos que cuatro mil quinientos veintisiete locos por año en mi hospicio. No, cuatro mil quinientos veintiseis son los de la última estadística, porque ayer se me murió uno.

—¿ Y de qué?—pregunté simulando un interés que no sentía yo en lo más mínimo.

—Pues es muy sencillo, yo lo maté.

Acto continuo disparó su revólver contra el cristal de la portezuela, diciendo:

—Así, así puse fin á su existencia.

Despues se echó hacia atrás, apuntandome con su revólver, como si se pusiera á la defensiva. El coche estaba lleno de un humo azul, que se iba disipando paulatinamente.

El ruido de la detonacion se había perdido en el rumor del tren.

—Le digo á usted—repuso el desconocido—para demostrar á usted que no me dan miedo los locos. ¿ Quiere usted hacerme el favor de cantar alguna pieza de ópera?

—¡ Si no sé cantar!—le contesté.

—Me consta que es usted un artista consumado. Pero trata usted de engañarme, como todos los que han perdido la razon.

—Le aseguro á usted....

—¡ Cante usted inmediatamente!

El condenado volvió á apuntarme con su revólver, y me dijo con la mayor serenidad del mundo:

—Voy á contar hasta diez: uno, dos, tres....

No esperé más tiempo, y me puse á cantar con toda la fuerza de mis pulmones.

El loco llevaba el compás, y se sonreía como si gozara extraordinariamente.

—¡ Bravo! ¡ Bravo!—exclamó apénas hube terminado mi cancion.—Y ahora, vamos á otra cosa. ¿ Sabe usted volar?

Yo le miraba con sorpresa y terror.

—Volar, volar por el aire. A eso me refiero.

No sabía qué contestar, temiendo que, segun mi respuesta, disparase contra mí.

A los pocos instantes repuso el loco:

—Pues yo sí, sé volar, por más que usted no lo crea. Me ha tomado usted por un pobre diablo, sin tener en cuenta que he leído su pensamiento.

Inmediatamente disparó otro tiro al aire y exclamó:

—Ahí tiene usted su pensamiento. Acabo de matarlo al vuelo.

—Hablaba usted de volar—dije yo entónces con cierta timidez—y me gustaría verle hacer á usted algun ejercicio práctico. ¿ Qué descubrimiento tan admirable! ¿ No sabe usted cuanto daría por verle volar!

—¿ Lo dice usted de veras? ¿ Lo desea usted sinceramente?

—Sí, señor—le contesté con toda solemnidad.

—¡ Pues mire usted!....

Sin pronunciar una palabra más levantóse de su asiento, abrió la portezuela, se inclinó como si fuera á emprender el vuelo, y retrocediendo despues, me dijo con aire de desconfianza:

—¿ Es usted médico?

—No, señor—le repliqué.

—Tiene usted razon; no es usted médico, sino un loco de atar. ¡ Mi descubrimiento es muy provechoso para la humanidad! Ahora va usted á presenciar un admirable ejercicio práctico. Volaré junto al tren y llegaré ántes que usted á Monteran. Mire usted con atencion.

—Espere usted un momento—exclamé movido á lástima por la desdicha de aquel hombre.—Le creo á usted bajo su palabra. Pero los demás, las masas, la gente vulgar necesita la presencia de los hechos para dárles crédito. Vamos á llegar, á la estacion y allí dispondrá usted de numeroso público, que le colmará de aplausos y bendiciones.

El loco consultó su reloj y dijo:

—Dentro de diez minutos.

—Una vez allí—repuse yo—se lanzará usted al espacio y será usted aclamado por la multitud.

—¡ Sí, sí!—exclamó el loco.—Y usted tambien gritará: ¡ Bravo!....

Y en medio de su entusiasmo se quitó las botas y los pantalones, que arrojó por la ventanilla.

A los pocos instantes el tren amortiguó su marcha y no tardó en entrar en la estacion.

—¡ Ya ha llegado el momento oportuno!—dijo el loco.—¡ Cuánta gente!.... ¡ Atencion, señores, voy á lanzarme al espacio!

Mi desventurado compañero se precipit desde la portezuela y cayó en brazos de dos lo queros y de un médico que, advertidos de su fuga del manicomio, le esperaban ansiosos en el andén.

Le retiraron inmediatamente, y entónces fué cuando entraron en el coche las personas á quienes ántes has visto.

No puedes figurarte con qué alegría ayudé á subir á la nodriza, á la señora y á los niños, y con cuánto gusto me puse á acariciar al perro que llevaban, y cuyos grandes y hermosos ojos llegaron á tranquilizarme por completo.

PAUL MARGUERITE.

EL GUSANO DE LA ENVIDIA.

Yo no sé cómo pasó; mas es lo cierto que entró un gusano en un jardín y se comió en un festin todas las flores que halló. Lastimaba los sentidos ver las calles alfombradas de tallos y hojas mordidos; de cálices carcomidos y de corolas manchadas. Aquella blanca azucena que en el fango se moría me dió pena; era tan buena, que no exhaló en su agonía un solo grito de pena. Tan buena era, que olvidaban por ella, las que expiraban, su dolor, cuando murieron; al ver cómo la mordieron, todas las flores lloraban. ¡ Pobres! si hubieran sabido quién era el gusano aquel, todo estaba comprendido: la envidia se ha mantenido siempre de sangre y de hiel; no hay pureza, ni color, ni aroma, ni tallo verde que detenga su furor; ¿ es una flor? pues la muerde; basta que sea una flor.

La aventura del soldado.

EL soldado Guitot, del 3^o de zuavos, era un veterano en toda la extension de la palabra, pero demasiado aficionado al vino; esto no obstante amaba á su madre con ternura y siempre que podía le enviaba algun recuerdo.

El año en que Canrobert fué ascendido á general, Guitot había cobrado una suma de tres francos por suplemento de su haber y con motivo de haber tomado parte en la reparacion de una carretera.

Este dinero pensó enviárselo á su madre para que se comprase un par de zuecos para el invierno.

Este pensamiento era generoso y denotaba amor filial, pero desgraciadamente tenía el defecto de que le gustaba demasiado empinar el codo.

En cuanto tuvo en su poder los tres francos se fué derecho á buscar un giro para enviarlos, pero era muy tarde y la oficina estaba cerrada; al día siguiente volvió y esta vez era demasiado temprano y tambien estaba cerrada.

—Qué mala suerte tengo—se dijo—y contrariado lanzó una serie de juramentos capaces de abochornar á un guardacanton.

Este contratiempo le produjo sed y se metió en una taberna en la que entregado á copiosas libaciones, dió cuenta muy pronto de los tres francos.

Al salir de la taberna aún conservaba la suficiente razon para pensar en que debía enviar á su madre el dinero y tambaleándose se dirigió á la oficina.

Esta vez la encontró abierta, pero cuando

trató de entregar los dichosos tres francos, claro, no los encontró; en vano registró los bolsillos y les dió vuelta, pues lo que es él, pensaba, los había tenido... Después de haberse registrado inútilmente con la tenacidad del borracho, repitió maquinalmente:

—No obstante, es necesario que envíe el dinero á mi madre.

Muy perplejo se rascaba la cabeza como hombre que trata de encontrar una idea.

Al cabo de un momento dióse un golpe en la frente; por fin la había encontrado.

Vió á un señor que se paseaba y que por su aspecto le pareció forastero. Se dirigió hacia él todo lo más derecho que pudo, y le dijo:

—Perdodad, caballero, ¿tendríaís necesidad de una camisa? os la vendo.

—¡Una camisa! ¿No sabéis á lo que os exponéis por vender vuestros efectos?

—¿Qué os importa eso? Necesito dinero. ¿Queréis la camisa, sí ó no?

—Bueno, ¿y para qué queréis el dinero?

—Para enviarlo á mi anciana madre.

—¡Ah! vamos, y ¿cuánto queréis por la camisa?

—Lo que quiero enviarle son tres francos.

—Pues trato hecho. Id á buscarla.

El zuavo se dirigió al cuartel, de donde al poco tiempo regresó con un paquete que entregó al desconocido y recibió en cambio los tres francos.

Se dirigió á la oficina y aquel, que lo había seguido, lo vió salir con una carta en la mano, en la que metía una letra.

Al día siguiente se celebraba una revista y el 3.º de zuavos tenía que formar para ser presentado al nuevo general Canrobert.

Llegó la hora de la formación, sonaron cornetas y tambores y apareció el nuevo general; al verlo Guitot se estremeció, pues en él reconoció al desconocido á quien había vendido la camisa.

—¡Diablo!— se dijo —si el general me reconoce, estoy perdido.

Y al presentar las armas procuraba taparse la cara con el cañon del fusil, pero inútilmente; al llegar frente á él Canrobert detuvo su caballo y dijo:

—¡El número uno, dos pasos al frente!

Y haciendo de tripas corazon avanzó el pobre soldado.

El general le dijo bruscamente:

—¿Cuántas camisas tenéis?

—Dos, mi general—dijo con aplomo.

—¿Dos?... Enseñadlas.

—Una la tengo puesta y la otra...

Y como notase su vacilacion, dijo Canrobert:

—La otra la tendréis en la mochila.

—No, mi general; la otra está en vuestro poder.

—Es cierto—dijo el futuro mariscal—pero estad tranquilo, que os la enviaré con la planchadora para que no os falte.

—No la molestéis, mi general, que yo la veo todas las tardes.

Al oír esta respuesta, el general se echó á reír, imitándolo su Estado Mayor.

Algunos días despues, Guitot recibió una carta de su madre, en la que le daba las gracias por los cien francos que le había enviado.

Guitot adivinó quién era el generoso donante; fué lleno de júbilo á dar las gracias al general, á quien dijo:

—Al precio que pagáis las camisas, debe uno hacer para conservarlas toda la vida para recuerdo de vuestra accion generosa.

L. DAGÈ.

FABULA.

Cuentan de Fabio que un día

—Es plagio de Calderon—

Se engulló de un atracon

Toda la filosofía.

Y tan sabio se creía,

Y tan vanidoso hablaba

Cuando su saber mostraba,

Que al juzgarse sabio él solo,

Desde el Ecuador al Polo
Sólo ignorantes hallaba.

Enfermó y al espirar,
Aun siendo trance tan fuerte,
Ocurrióse á la muerte
Con el moribundo hablar;
Y habló el sabio, y á pesar
De su profundo sentir,
Hubo al fin de convenir,
Y confesar, y enteder,
Que aún le faltaba saber....
Una bicoeca!... MORIR!

LOS APUROS DE UN CORONEL.

La siguiente historia pasó no hace mucho tiempo en un gran baile dado en Berlin.

Un coronel se acercó á un jóven teniente que acababa de salir de la Escuela y que llevaba sobre el pecho, como única condecoración, una gran placa enriquecida con diamantes.

—Decidme, teniente ¿qué máquina es esa?

—Es una órden mi coronel.

—¿Una órden?... Pero no prusiana; no la conozco.

—Es una órden inglesa, mi coronel.

—¡Toma! ¡toma!... Y ¿quien ha podido daros esa órden?

—Mi abuela, mi coronel.

—¡Vuestra abuela! dijo el coronel sin poder aguantar la risa. Y ¿cómo se llama vuestra abuela?

—Su majestad Victoria, reina de Inglaterra, contestó el jóven príncipe Alberto de Sehlessvig Holstein, miéntras el coronel, completamente confundido y avergonzado, se eclipsaba.

EL DERVICHE EN EL MESON.

La narracion que sigue es de Adisson, y creo haberla leído en una obrita titulada: "Morceaux Choisis en Prose et Vers des Classique Anglais," preciosa coleccion de fábulas, alegorías, máximas, baladas, cántas, etc., que bien á pesar mío he perdido. Lo que digo para que se sepa que no traduzco, sino arreglo, según el recuerdo que de aquella ocurrencia he podido retener.

Es el caso que viajando un derviche por la Tartaria, llegó sumamente fatigado y sin recursos á la ciudad de Balk, y ya allí, deseando dormir y á la vez dar á su cuerpo algun reposo, se entró de rondon en el real palacio, creyendo el muy cándido que entraba en un meson.

Despues de andar largo rato de un lado á otro, mirándolo todo cuidadosamente, pasó á una galería que le pareció, por lo apartada, amplia y solitaria, el lugar más á propósito para satisfacer sus naturales ansias. Así que, sin más ni más, puso sus alforjas en el suelo, extendió su capa y se echó sobre ella al estilo oriental.

Poco tiempo hacía que disfrutaba de su improvisado lecho, y á punto ya de atrapar el sueño, fué requerido por dos guardias que le preguntaron, y no con las mejores formas, qué diablos hacía allí.

El derviche, asombrado, les respondió: "Pues no lo veis, descansar. Además me propongo pasar la noche tranquilamente en este meson."

Más le hubiera valido al buen hombre no hablar, pues lo del meson, sobre todo, atufó de tal manera á los guardias, que llenos de cólera le dijeron á duo que aquello no era meson, sino el palacio real, y que...

Y ya se disponían á echarlo á la calle, Dios sabe cómo, cuando la casualidad, ó tal vez la buena estrella del derviche, dispuso que en aquel mismo momento pasara su majestad por la galería, quien al oír la disputa entablada, no pudo menos que reirse del error de aquel infeliz, al cual preguntó cómo era posible que se hubiera engañado hasta el punto de confundir su palacio con un meson.

"Señor, respondió el derviche sin turbarse, ni dejar su cómoda posicion, no es del todo engaño, y para así desmostraroslo, permitidme que os haga algunas preguntas,

El Derviche: ¿Quiénes fuéron, señor, los primeros que habitaron esta casa cuando terminó su edificacion?

El Rey: Mis antepasados.

El Derviche: ¿Y quién la habitó despues?

El Rey: Mi padre.

El Derviche: ¿Y quién la vive hoy?

El Rey: Yo, el rey.

El Derviche: ¿Y quién la vivirá despues de vuestra majestad?

El Rey: El Príncipe, mi hijo.

El Derviche: Ah! señor, señor, pues entónces es preciso que sepais, que una casa que con tanta frecuencia cambia de huéspedes, no es un palacio real, como quieren decir las gentes, sino más bien un meson ó algo parecido.

Y con la misma, flemma, se levantó, tomó sus alforjas, salió precipitadamente de allí en busca de nuevo albergue, en donde reposar tranquilo, sin el temor de tropezar con otra ú otras dificultades por el estilo.

SERAFIN RAMIREZ.

EL ELEFANTE Y LA ARDILLA.

[FABULA INDIA.]

Un día cayó tan espantoso diluvio en el país de Kouson-Maipoor, que los ríos y los lagos rompieron sus naturales límites, inundando toda la comarca.

Los pobres animalitos huían aterrorizados á las montañas para librarse de aquella terrible inundacion que amenazaba concluir con todos los seres vivientes.

Un elefante, que corría buscando salvacion, encontró á una pobre ardilla, toda atemorizada, creyéndose muy cercana á la muerte: la infeliz se había agarrado á una frágil rama, y en ella navegaba á merced de la corriente impetuosa que presto había de sumergir á aquel animalejo sin ventura.

El elefante, que era de mansa condicion, conmovido por los lamentos de la ardilla, le echó la trompa, y haciendo con esta una especie de puente, consiguió bien pronto que la ardilla se salvase, sentándose entre las dos orejas del coloso.

Caminaron así todo el día, hasta que á la caída de la tarde llegaron á un pintoresco lugar que se había librado de los ímpetus de la inundacion. Era en la playa de un mar azulado y sereno; pero ¡oh dolor! sin una mala hierba que pudiese servir de alimento á aquellos infelices.

—¿Qué comeremos ahora?—dijo tristemente el elefante.—De poco nos ha servido librarnos de las aguas, si vamos á perecer aquí de hambre.

—No te apures,—contestó la ardilla;—porque aunque efectivamente no se ve por aquí ni señal de hierba, en cambio abundan los cocoteros que nos brindan con su rico fruto.

—No importa,—replicó el elefante;—ya sabes que el tronco del cocotero es tan elástico, que nada contra él pueden mis fuerzas: se dobla, pero no se rompe; y como las ramas y los frutos están muy altos, no podremos llegar á cogerlos.

Entónces la ardilla se apeó del elefante, y con la mayor agilidad trepó á la copa del cocotero.

—¡Ah!—exclamó melancólicamente el elefante:—me abandonas ¡oh ingrata! despues de haberte salvado de una muerte cierta.

Pero apenas dijo esto cuando sintió caer á sus pies un gran coco, cuyo tallo había roído la ardilla con los dientes menudísimos que Dios le ha dado; luego cayó otro coco, y luego muchos ramos tiernos, con los que el elefante comió hasta hartarse y aún sobró gran cantidad.

Despues dijo el elefante á la ardilla:

—¿No te parece muy raro que un animal tan pequeño como tú haya podido dar de comer á un gigante como yo?

—Nada hay raro en este mundo,—contestó la ardilla;—frecuentemente necesitan los grandes la ayuda de los pequeños,